

Enric Solbes inicia su trayectoria artística a principios de los años ochenta, momento en el que Boix, Heras y Armengol dejan su huella en un grupo de jóvenes que la prensa acuñó, sin mucha fortuna, como la *Escola de l'Alcúdia*, para referirse a Adrià Pina, Vicente Marco, Joan Verdú y Enric Solbes, artistas que ya exponían juntos y tenían vínculos como compañeros de estudios. En este primer momento Solbes realiza un tipo de pintura enmarcada en el superrealismo o fotorrealismo, pero a medida que se afianza el contacto con Boix pasará a adoptar una estética próxima al nuevo realismo, si no en la temática, donde dejará ver su compromiso ecológico, sí en las similitudes técnicas. También se entrevén las influencias del Equipo Crónica.

Sin una base programática común que los uniera, este grupo de jóvenes pintores comienza a disgregarse a partir de 1982, siguiendo cada uno su camino. Solbes, en una línea de investigación más personal, se interesa por los retratos, los interiores y los temas urbanos, en un tono naturalista, donde introduce signos como elementos semióticos superpuestos que toman un papel activo en la obra; signos que “incorpora como grafías, como superficies cromáticas o como lúdicos y espontáneos trazos geométricos”.(1) Sus obras contienen referencias a la estética del pop americano, del cine negro y del *art déco*. Él mismo declaró que le interesaban artistas como David Hockney y Allen Jones.

Ya en 1988 presenta en la Galería del Palau sus anónimos retratos grises, que es donde se enmarca, aún dentro de esta segunda etapa, la obra que aquí tratamos. En ella, Solbes nos muestra un individuo como personaje anónimo y solo, sin tan siquiera rostro, utilizando un lenguaje elaborado sobre mínimos, muy esquematizado. El resultado es una figura fragmentada con cierta dimensión atemporal. Estamos ante un cuadro dominado por una gran extensión de negro, donde un trazo en una tinta plana roja irrumpe en la composición, centralizando en ella nuestra mirada. No en vano pertenece a la serie “*Màcula*”, en la que trabajó durante los años 1986 y 87, inspirada en la denominación que reciben en las artes gráficas los pliegos de pruebas. Este concepto de borrador conecta con características técnicas de la obra como son los bordes indefinidos y los rasgos desdibujados. Esquematización por una parte y recreación en detalles del vestuario masculino por otra: en esta exposición se colgaron lienzos que exhibían retratos imaginarios de hombres con gabardinas, trajes, corbatas, sombreros..., contrastando la simplificación con la minuciosidad. Se incide más en el vestuario masculino de los años cuarenta que en la individualidad del hombre que lo lleva, buscando así una tipificación de las personas. El cuadro también es una metáfora que habla de la propia pintura. En este sentido es evidente su autorreferencialidad, ya que niega la tercera dimensión del lienzo y, mediante un *trompe l'oeil* nada convencional, nos demuestra que la pintura no hace instantáneas. La utilización del trazo como signo es el principal argumento de la obra. Dicho trazo tiene su origen en la representación del movimiento que utiliza el lenguaje del cómic. En la pintura de Solbes, la simbiosis con su tarea como ilustrador es constante: las técnicas, composiciones y encuadres así lo revelan, ya que adopta un lenguaje cercano al de la ilustración. No por casualidad una parte importante de su producción son carteles e ilustración de libros. Hoy por hoy Solbes sigue pintando enmarcado en la línea de figuración post-pop que le caracterizó.

NOTAS

1 Román de la Calle, “Enric Solbes: jugar al joc de la pintura”, *L’Espill*, 22, Valencia, octubre 1985, p. 99.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 324-326.